



EMMA LIRA
A partir de un guion de
ALEJANDRO AMENÁBAR

EL
CAUTIVO

El autor del Quijote dejó
una historia increíble sin contar.
La suya

EMMA LIRA
EL CAUTIVO

Basada en un guion de Alejandro Amenábar



© Emma Lira, 2025
Basado en el guion original de Alejandro Amenábar
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025

Preimpresión: Realización Planeta

Depósito legal: B. 13.722-2025
ISBN: 978-84-670-7887-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

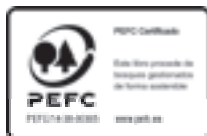
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España - *Printed in Spain*



CAPÍTULO 1

(ALÍ)

Abril, 1605

Constantinopla

—Será hoy... Llegará hoy, sin duda.

La frase, entonada en voz baja, se perdió bajo el chillido agudo de una gaviota. Tenía más de deseo que de convencimiento. Probablemente solo sus hombres le oyeron. Supieron que no iba destinada a ellos porque había utilizado la *lingua franca*, el saber en lugar del árabe que empleaba para con sus sirvientes y con cualquier miembro en la corte de la Sublime Puerta. Aun así, ambos permanecieron atentos a sus deseos, dispuestos a adivinarlos antes incluso de que nacieran en su mente.

No era conveniente hacerle esperar. Ni enfadarle.

Alí observó a su amo con discreción. Sus ojos acerrados parecían reflejar todo el azul y el oro de aquel Mediterráneo espejeante. Su presencia llamaba la atención en la sordidez del muelle. El rico brocado de sus mangas acariciaba unos dedos esbeltos de uñas

cuidadas que ahora tamborileaban nerviosamente sobre un montón de cofres de madera, dispuestos para ser estibados. Con la mano derecha se llevaba a la boca un racimo de uvas, que explotaban con un fulgor dulcísimo entre sus labios. Había una tensión perceptible en su postura. Como la de los gatos, dispuestos a saltar siempre sobre su presa.

—Sopla el garbí... —advirtió hablando de nuevo para sí mismo.

Entrecerró los ojos para sentir la humedad y el sabor de la sal en el rostro. Alí y Mulay, sus guardias, intercambiaron una mirada. Solo las arrugas en sus ojos delataban su edad; frente al Mediterráneo seguía siendo el almirante que siempre había sido.

El aleteo de una gaviota atraída por las uvas puso una sombra oscura sobre su rostro. Abrió los ojos, molesto, parpadeando con rabia. Solo entonces pareció volver a la realidad.

—¿Vamos a buscar al encargado de reseñar las mercancías, señor? —se atrevió a preguntar Mulay.

—Id —ordenó él escuetamente.

Se alejaron apenas unos metros y le dejaron inmerso en sus pensamientos, con los bordes tornasolados de su caftán de seda sucios por el contacto con el lodo del puerto. Desde el galpón en que se anotaban las mercancías, Alí observó que la figura de su amo parecía extraída de un sueño: el príncipe de uno de esos cuentos orientales varado en un escenario que no le pertenecía.

Llevaban dos semanas bajando al amanecer a los muelles, un día tras otro, en espera de algo que no lle-

gaba. Algo que no podía delegar porque deseaba recibirlo en persona. No había dado más detalles o quizá no los conociera. Como sus hombres de confianza, tanto él como Mulay le habían señalado que no era conveniente que un miembro distinguido de la corte del sultán acudiese en persona a aquel nauseabundo universo plagado de mercancías clandestinas y seres miserables. Y pese al exquisito esmero que su amo ponía en su cuidado, el pútrido aliento de los callejones, los gritos de los borrachos, las manos ávidas de mendigos, trampistas y prostitutas parecían no perturbarle en absoluto, ni rozarle siquiera; como si caminara entre ellos sin dejarse tocar por la inmundicia.

—¿Otra vez aquí? —El funcionario encargado de inspeccionar las mercancías, un judío anciano y de rostro acartonado increpó a Alí con voz cascada. Ladeó la cabeza, señalando la figura que se erguía de pie, en el muelle, con la vista perdida en el Mediterráneo—. Sería más fácil ayudarlos si supiera lo que está esperando.

—Creo que ni él lo sabe —confesó Alí—. Le mandaron aviso desde Argel.

—Noticias de Occidente —el anciano asintió—. Tiene vientos propicios, entonces. Un viento bueno para los berberiscos, que hacen sus presas en el mar, y malo para la flota del Gran Turco porque trae los barcos del rey Felipe hasta nuestras propias barbas. —Escupió en el suelo—. Pero dime —el hombre pasó morosamente las páginas pulcramente caligrafiadas de su registro—, ¿sabes al menos el nombre del barco que esperáis?

—El patrón se apellida Pau. Y el bajel tiene un nombre cristiano. —Alí trató de hacer memoria—. Santa María Buenaventura y...

—... y san Telmo —confirmó el anciano, señalando una anotación en su pliego—. Entró de madrugada. Una saetía valenciana.

—Pensé que los valencianos no llegaban ya hasta aquí —advirtió Alí.

—Ahora más que nunca —atajó el judío—. Moriscos. —Arrugó la nariz, como si la simple pronunciación de la palabra no le oliera bien—. Tienen los oídos en España, un pie en Berbería y una mano mendicante en Constantinopla. La Sublime Puerta siempre está abierta para ellos. —El viejo guiñó un ojo al joven guardia—. ¿Es eso lo que espera vuestro amo? ¿Alguna succulenta información que trasladar en persona al sultán?

—Si fuera eso, anciano —Mulay se acercó muy despacio al punto en que el astuto hebreo trataba de sonsacar a su joven compañero—, creo que no sería prudente que lo supieras.

—No. Claro que no. Por supuesto. —El funcionario se retiró al interior del galpón sonriendo de forma exagerada. Volvió con un amplio zurrón de cuero polvoriento que puso entre las manos de Mulay. Estaba abierto. El guardia observó un voluminoso fajo de pliegos gastados en su interior.

—¿Lo has abierto tú? —inquirió, amenazante.

—Lo he visto por encima —confesó—. Vino así —se defendió el hebreo—. Quizá lo abriera la guardia del bajá, en Argel.

Un graznido cercano y agónico cercenó la conversación. Allí volvió rápidamente el rostro para mirar a su amo. La gaviota aún aleteaba, con los saltones ojos amarillos y el cuello tronchado entre las manos de su señor. Las uvas estaban esparcidas en el suelo.

—Quería robármelas —explicó con voz calmada. Se limpió una gota de sangre que había manado del pico del animal en el borde dorado del caftán. Una huella carmesí sobre el hilo de oro.

El judío tragó saliva sin atreverse a abrir la boca. Mulay tendió el zurrón a su amo.

—Creo que era esto lo que esperabais, señor.

El hombre dispuso el ave moribunda en el suelo, casi con reverencia, y tomó la bolsa que este le ofrecía con calma. Sopesó su interior a manos llenas, como si evaluara su volumen, y una sonrisa cálida iluminó por primera vez su rostro. Las arrugas se hicieron más profundas alrededor de sus ojos, y su mirada se dulcificó. Extrajo el contenido con cuidado. Allí observó con sorpresa que parecía tratarse de un libro, pero en lugar de sentirse decepcionado, su amo lo abrió con respeto y leyó el texto que ocupaba toda la primera página con la minuciosidad con la que habría seguido el rastro de un bajel en alta mar. Su dedo índice dibujó el rastro de la tinta. Una leve sombra de sangre tiznó levemente el papel.

Alí guardó silencio con reverencia y bajó la vista como si asistiera a un acto íntimo. Los dedos de su amo temblaron levemente al pasar la primera, la segunda, la tercera página. Le vio parpadear con avi-

dez para contener aquel agua incómoda que le quemaba en los ojos y llevarse el texto, arrobado, a los labios. El guardia observó fascinado su turbación, aquella expresión beatífica que le transfiguraba.

—¿Es un Corán? —se atrevió a preguntar.

El judío negó con la cabeza, convencido.

—No puede serlo. Está en lengua de cristianos —advirtió—. ¿Y no habéis visto cómo acaricia esas páginas? Nadie tocaría un texto sagrado con esa... esa falta de decoro.

Quizá fue la puntualización del encargado la que despertó sus recuerdos. Su mirada se cruzó con la de Mulay que asintió levemente en un gesto de comprensión. Esbozó una sonrisa. Hacía muchos, muchos años de aquello. Más de veinte quizá. ¿Sería posible?

—Creo que sé lo que puede ser... —admitió.

—Por la reverencia con que lo mira, un informe que le promocionará en la corte —terció el judío—. ¿Qué otra cosa podría reflejar un escrito para que alguien lo espere de tal manera?

—Quizá lo importante no sea el contenido de esos pliegos —intervino Mulay, pensativo—. Quizá sea la persona...

—¿La persona a quien van destinados?

El gesto de Mulay dibujó una mueca extraña como si estuviera poco acostumbrado a sonreír.

—La persona que los ha escrito.

CAPÍTULO 2

(RODRIGO)

1575, Argel

Veinticinco años antes

—¡Venga, salid, perros! ¡Fuera!

La orden, en un precario español, fue acompañada de un empujón. Rodrigo trastabilló, maniatado, por la pasarela que le conducía al muelle, y entrece rró los ojos al salir de las tripas del barco. El sol acarició su piel confortándole del frío y la humedad que se agarraban a su pecho, pero la luminosidad hiriente le dolió como una cuchillada. Trató de captar algún sonido en aquella algarabía en diferentes lenguas, o un aroma, más allá de aquel olor rancio y salobre que se le había pegado en las bodegas. Necesitaba saber dónde se encontraba; en qué tierra firme ponía los pies por vez primera desde que la Sol, la galera en que viajaban desde Nápoles, fuese capturada frente a las costas de Cadaqués hacía más de una semana.

—Esta luz...

—Había temido que los desembarcaran en Constantinopla, pero aquella luminosidad mediterránea le resultaba tan familiar, que no pudo sino detenerse a paladearla.

El latigazo resonó en un chasquido contra el suelo a sus pies y el sobresalto le hizo perder el paso. Su hermano Miguel le sujetó con el brazo sano para evitar que cayera. Los ojos de ambos se cruzaron apenas un instante. Al igual que él, Miguel estaba asustado y agotado, pero no podía permitir que su hermano menor lo notara. Y no era falta de valor en absoluto. Ambos habían combatido en Lepanto. Pero una cosa era morir en un glorioso combate contra el Turco, bajo las velas unificadas de la Santa Liga, y otra caer ignominiosamente bajo los palos de aquellos corsarios en el muelle maloliente de un lugar que ni siquiera alcanzaban a imaginar.

—No te detengas —le susurró Miguel lanzando una mirada a sus captores—. No parece que les sobre la paciencia.

—¿Estamos en Valencia? —inquirió.

—¿En Valencia? —Un hombre curtido de unos cuarenta años, con aspecto de soldado y patillas pelirrojas, se volvió hacia él—. ¿Para qué querrían estos desgraciados abordar a Valencia salvo quizá para embarcar moriscos? —Escupió al suelo como si con ese gesto pudiese conjurar su mala suerte—. Vayan vuestras mercedes rezando a quien toque o buscando valedores con dinero. Estamos en Argel.

—¿En Argel? —Rodrigo se estremeció involuntariamente y supo que no eran las fiebres las que provoca-

ban ese escalofrío. Nunca había estado en aquella plaza del norte de África, pero sabía perfectamente lo que se contaba de ella. Argel era el refugio de aquellas hordas de piratas berberiscos que atacaban barcos españoles y robaban mercancías genovesas. Era el baluarte otomano más cercano a España, el que, sin duda, había financiado la rebelión de los moriscos en las Alpujarras. Era el suministrador oficial de esclavos y el proveedor de harenes y burdeles de moros y cristianos. Argel no obedecía más leyes que las que dictaba su caprichoso y cruel bajá, al servicio de Constantinopla. Quienes lo habían pisado aseguraban que allí no importaban el credo, la raza o la condición mientras se tuviese oro. Como no importaba la vida si se carecía de él.

¿Argel? ¿Qué destino los esperaba a ellos allí?

Un nuevo latigazo subrayó su pregunta. Esta vez fue acompañado del grito de dolor de un hombre que se aferraba a su mujer y a su hijo pequeño. Uno de aquellos corsarios de aspecto feroz los separó sin contemplaciones y aprovechó para arrancar a un muchachito de unos diez años de los brazos de su madre. Rodrigo reprimió un escalofrío. Como ellos, el resto de los ocupantes de la galera capturada estaban siendo expuestos en el muelle, hambrientos, sucios y andrajosos, como en el mostrador de una carnicería.

—¡Noooo! —El alarido de la mujer que trataba de estrechar de nuevo a su hijo le estremeció por dentro—. Llévenme a mí. ¡Suéltenle!

Pensó en él y en Miguel, vendidos como reses, separados, varados para siempre en tierra sarracena.

Pensó en su madre, que le había rogado hasta el llanto que no se uniera a una cruzada que su hermano usaría para redimirse en caso de sobrevivir pero que a él nada le aportaría. Pensó en sus hermanas, aún sin casar, a cargo de dos padres mayores en las ardientes mesetas de La Mancha; y pensó en el vacío enorme y el descalabro económico que la pérdida de ambos supondría en su hogar. Sintió un ahogo en el pecho, pero esta vez ni siquiera pudo toser. Uno de aquellos hombres le empujó sin demasiadas contemplaciones.

—¡Venga! ¡Dos filas! —El corsario al mando de la nave que los había capturado hizo restallar su látigo nuevamente contra el suelo, mientras otro hombre con turbante oscuro y barba poblada asistía con indiferencia a la escena—. Mujeres e infantes, a un lado. Hombres, a otro. Si tengo que separaros yo, será peor.

El hombre que estaba a su lado le dio una orden en árabe sin apenas alzar la voz. Y la tradujo de inmediato para que los prisioneros pudieran entenderla.

—Si alguien trata escapar, Mamí corta cuello.

—Dali Mamí es el capitán de la galera que nos asaltó —susurró el hombre pelirrojo al oído de Rodrigo—. El Cojo, le llaman. Nació griego. Y mírale, vendido al sultán Murad, haciéndose rico traficando con cristianos... ¡Qué vergüenza!

—¿Griego? Creí que los piratas eran todos berberiscos —se espantó Rodrigo—. ¿Hay cristianos al servicio del sultán?

—Renegados —confirmó un fraile, de aspecto macilento, tras él—. Los peores. Parece que disfrutaran dañando a los suyos. Mi nombre es Blanco de Paz —se presentó con humildad impostada—. Soy comisario de la Santa Inquisición —advirtió, mostrando sus sucios hábitos—. Un auténtico botín para ellos.

—El fraile tiene razón —advirtió el pelirrojo—. Son los peores. Ahí los tenéis. Haciendo méritos constantes para que los turcos no los desprecien. Como su jefe —señaló al hombre de barba oscura con la cabeza—: Arnaut. Nació en Albania, pero estuvo en la escuadra otomana, combatiendo contra sus propios hermanos en Lepanto. ¡Qué pena no haberle alcanzado con mi arcabuz!

—¿Combatisteis en Lepanto? —inquirió Rodrigo, como si aquel recién descubierto nexa con el desconocido hiciera más llevadera su situación—. Yo también. Junto a mi hermano Miguel.

Miguel, a su lado, asintió levemente con la cabeza, pero ni siquiera los miró. Todos sus sentidos estaban pendientes de los movimientos de los corsarios.

—Muy honrado. —El hombre aprisionó entre sus manos atadas las muñecas de su compañero—. Soy Diego Castañeda. Veterano. Combatí a las órdenes de don Luis de Requesens. Este —señaló a otro hombre a su izquierda— es Martín. Fue jardinero y artista de retablos en la corte, antes de acabar en Lepanto. Pasó de enmarcar querubines con pan de oro a reventar infieles. El dorador, le decimos.

El llamado Dorador asintió con un gesto incómodo.

—Un placer —convino Rodrigo—. Mi nombre es...

—¡Tú calla! *Ikhras!* —Uno de los guardias se abalanzó con ferocidad sobre ellos, empujándolos y golpeándolos con el canto del alfanje que esgrimía, mientras todos se encogían, tratando de evitar los golpes—. Si tú habla, si tú escapa, corto cuello.

—Empieza la puja —advirtió en voz alta el llamado Mamí, traduciendo sus palabras al árabe. Solo entonces Rodrigo fue consciente de la hilera de comerciantes de aspecto ávido que aguardaban la oportunidad de adquirir un esclavo—. Cada uno puede elegir una pieza. Solo una. La apartará y yo le diré el precio.

¿Una pieza? ¿Eso es lo que eran? Antes de que las palabras calaran siquiera en la mente de Rodrigo, cuatro o cinco mercaderes se abalanzaron sobre la fila de prisioneros, tirando de ellos, separándolos del resto o rasgando sus ropas. Franceses, españoles o italianos pedían clemencia en distintos idiomas, las mujeres gritaban sintiéndose expuestas, los hombres prometían riquezas que estaban lejos de poseer.

Pese a los intentos de los guardias por conservar cierto orden en la transacción, los mercaderes aprovechaban para tantear el género sin ningún escrúpulo. Rodrigo se sintió zarandeado, golpeado por quienes trataban de separarlos. Tosió, sin poder evitar aquella sensación de ahogo que le oprimía el pecho. El fraile que había hablado antes alzó la cruz de madera que llevaba al cuello como si fuera un escudo contra la impiedad.

—¡Soy comisario de la Santa Inquisición! Exijo un trato especial.

El llamado Mamí se acercó a él en dos zancadas, arrancándole la cruz del cuello.

—¿Una cruz? ¡Mira lo que hago con tu cruz!

La arrojó al suelo, ante el espanto de los presentes, escupió sobre ella y comenzó a pisotearla. El fraile boqueó incapaz de articular palabra, como un pez fuera del agua.

—¡Para! —Rodrigo oyó gritar a Miguel a su lado—. ¡Ten piedad! ¡También tú fuiste cristiano un día!

Rodrigo contempló aterrorizado el visceral arranque de su hermano. Mamí le miró con desprecio creciente. Le tomó por un brazo y le arrastró al medio de la turba generada por los comerciantes que trataban de regatearle a Arnaut la mercancía. Los gritos de quienes pujaban por ellos se superponían unos a otros, transmitiéndole una absoluta sensación de irre realidad.

—¡Me llevo a esta niña! —sentenció uno de los mercaderes.

—Yo, la mujer rubia, pero no quiero a su hijo. ¡Quédatelo! —dijo el hombre que estaba a su lado.

—¡Madre! ¡Madre! —gritaba el muchacho.

—Me lo llevo yo, venga —intervino de nuevo el primero.

—¿Cuánto me dais por este joven? —El grito de Mamí se alzó sobre los demás mientras paseaba a Miguel ante los ojos de los asistentes. Quizá tratara de impedir que un nuevo arranque de rebeldía le devaluara

ante quienes buscaban esclavos sumisos—. Es sano y fuerte. El precio de partida es veinticinco escudos.

—¡Es muy caro! —gritó uno de los compradores, contemplándole con ojo entrenado—. Te doy diez por él.

Miguel estaba lívido, como si hasta ese momento no hubiese sido consciente de su vulnerabilidad, de la frágil y quebradiza línea que se extendía entre él y su futuro. Miró en todas direcciones, implorando ayuda. Rodrigo intentó acercarse a él, pero el golpe en el pecho de uno de los guardias se lo impidió. Cayó de rodillas y comenzó a toser.

—¿Diez? —Mamí se revolvió contra el comerciante en un gesto ensayado de regateo—. ¿Me faltas al respeto de esa forma? ¿Insinúas que te estafo?

—Quiero verlo. Enséñamelo. A ver, tú —ordenó el comprador en árabe—, alza los brazos.

Miguel no entendió la orden y permaneció inmóvil. Mamí cortó de un solo tajo sus ligaduras para mostrárselo a su potencial cliente. Le hizo gestos para que alzara los brazos y, ante su rostro de estupor, él mismo le levantó el brazo izquierdo.

—El otro también. ¡El otro! —le ordenó amenazándole con su alfanje.

—No puedo —se excusó Miguel, protegiéndose de los golpes—. Está roto. Roto. ¿Lo ves? Brazo roto.

El comerciante se adelantó, levantó el brazo desnudo, que caía como sin vida a su costado, y observó las cicatrices aún rojizas y la mano que pendía de él, delgada y sin fuerza.

—¡Tiene brazo roto! —gritó indignado—. No vale para trabajo. No vale nada. ¡Querías estafarme!

Mamí compuso un gesto de genuino asombro, consciente por primera vez de que la mercancía que exponía estaba defectuosa.

—Un tullido. —Rodrigo escuchó como en un mal sueño la voz del pelirrojo Castañeda, dirigiéndose a los dos hombres a su lado—. Este no pasa de hoy.

El corsario intercambió una mirada con Arnaut, esperando su veredicto. Este, sin inmutarse, esbozó un signo inequívoco deslizando su dedo índice sobre el cuello. Antes de que el griego pudiese reaccionar, Rodrigo se abalanzó sobre su hermano para apartarlo de él. Ambos cayeron al suelo.

—¡No! —gritó.

Mamí le apartó con fuerza y cayó a patadas sobre Miguel, que trataba de protegerse inútilmente, encogiéndose sobre sí mismo. Le alzó tomándole del pelo y esgrimió el alfanje sobre su cuello.

—¡Juan de Austria! —gritó entonces Miguel con su último aliento—. ¡Soy soldado de Juan de Austria! —repitió más alto.

Su voz desesperada sobresalió por encima de los gritos del muelle. El resto de los prisioneros le miraron sorprendidos. Arnaut ordenó a su hombre que se detuviera y él mismo se acercó con curiosidad. ¿Juan de Austria? Sabía perfectamente quién era Juan de Austria. Había combatido contra ese perro en Lepanto.

Miguel sacó un canutillo metálico, con sus credenciales, de entre sus ropajes y se lo tendió a sus captores. Rodrigo cerró los ojos. Su hermano acababa de identificarse como soldado de la escuadra que había infligido a los otomanos la mayor derrota de los últimos tiempos.

Ahora sí que iban a matarlos. A los dos.

—Juan de Austria —repitió Martín, *el Dorador*, ante el estupor de Mamí—, ¿entiendes lo que dice? Es el hermano de nuestro rey, Felipe II.

—Soy soldado de alto rango —insistió Miguel—. Principal. Muy importante.

Ante la sorpresa de Rodrigo, Dorador tradujo la frase al árabe. Mamí asintió con cautela, tomó el canutillo de manos de Miguel y pareció leer con morosidad su contenido. Intercambió un gesto de asentimiento con Arnaut y le pasó el texto a su vez.

—Es principal. ¡Apártale! —ordenó entonces el jefe.

—¡No! —gritó Miguel mientras le arrastraban, tendiendo el brazo bueno hacia su hermano y aferrándose—. ¡Él también! ¡Vamos juntos! ¡Juntos!

—¡Vamos juntos! —balbuceó Rodrigo, sin tiempo para pensar. No sabía exactamente si aquella decisión los beneficiaba o los perjudicaba, pero Miguel era su hermano y afrontarían juntos lo que fuese. La cárcel, las galeras, la esclavitud o la muerte. Iban juntos. Desde niños. Desde Lepanto. A dónde fuera.

—¡Nosotros también! —alzó la voz Castañeda, dispuesto a apurar aquella oportunidad que le rega-

laba el destino—. ¡También somos principales! —Pasó el brazo por los hombros de un joven que contemplaba la situación aterrorizado—. ¡Este es mi escudero!

—Yo trabajo en la corte —se sumó el Dorador.

—Y yo soy comisario del Santo Oficio —se aunó el fraile apellidado De Paz.

Arnaut contempló al grupo con un gesto impaciente y durante un instante pareció que iba a mandar acuchillarlos a todos para atajar aquel conato de revuelta. «Lo piensa, pero no lo hará —trató de convencerse Rodrigo a la desesperada—. Somos seis». Rodrigo dobló mentalmente la puja inicial y la multiplicó: «Seis hombres jóvenes y sanos. O casi —se corrigió—. Este sucio pirata infiel no sabe si somos quienes decimos ser. No nos matará. Mientras espere conseguir un sustancioso rescate por nosotros, no se arriesgará a perdernos».

—¡Apártame a esos! —decidió Arnaut por fin—. Y avisa a Mulay, el jefe de la guardia del bajá. Si de verdad son principales, él mismo querrá comprarlos. Se los ofreceremos. ¡Que nadie los toque! —ordenó.

Nadie los tocó. Los cercaron con gestos amenazantes, pero nadie alzó sus armas contra ellos. Los gritos continuaron en el muelle, mientras el improvisado grupo era escoltado por los corsarios de Dali Mamí al barco de nuevo. Pese a la humedad y el hedor de las bodegas, Rodrigo sintió el corazón golpeándole en el pecho como si quisiera escapar. Intercambió una mirada asustada con su hermano, sintiendo un alivio

que no se atrevió a demostrar. A su alrededor, entre llantos desesperados que le arañaban el alma, las familias eran separadas y cada uno de sus miembros, arrastrado para servir a un nuevo amo. Vieron al niño separado a la fuerza de su madre; a la muchacha rubia, con la camisa rasgada, sollozante, empujada por su comprador. Ellos se habían librado. Habían pasado ese primer momento. No los subastaban. No los separaban.

Al menos de momento.

—¿Vienen contigo?

Arnaut interpeló directamente a Miguel. El corsario retenía la carta que había extraído del canutillo entre sus manos, contemplando los sellos, con el gesto grave de quien busca corroborar una información. Rodrigo tragó saliva. Al menos hasta que se dio cuenta de que Arnaut fingía seguir el texto escrito de derecha a izquierda, al uso de los árabes.

No sabía leer.

Intercambió una mirada con Miguel y supo que él también se había dado cuenta. Contuvo su alborozo. Ya se vería lo que los esperaba más adelante. De momento, un día más juntos y vivos no era una oferta que pudieran desdeñar.

—¡He preguntado que si vienen todos contigo!

Vio cómo su hermano paseaba su mirada por los ojos suplicantes de aquel puñado de desconocidos.

—Vienen conmigo —le escuchó afirmar con rotundidad. Y supo que esa frase acababa de anudar sus destinos.

—¡Tu nombre! —ordenó el corsario con el ceño fruncido.

—Miguel —respondió con aplomo—. Miguel de Cervantes.